

rado clara y distintamente, por la vista poco penetrante aún de la generación que lo contemplaba: este sabio insigne es D. Carlos de Sigüenza y Góngora, nombre no conocido sino de unos cuantos verdaderos apreciadores de nuestras pocas curiosidades históricas.

D. Carlos de Sigüenza y Góngora, poeta, filósofo, matemático, historiador, anticuario y crítico, nació en México el año de 1645, siendo virrey de Nueva-España el conde de Salvatierra, del matrimonio que D. Carlos Sigüenza, su padre, español de nacimiento y maestro del príncipe D. Baltazar, contrajo con una criolla. Recibió su primera educación moral y literaria en la misma ciudad, y fué dirigido, á lo que es de suponerse, en sus primeros estudios por su padre mismo, quien á juzgar por el empleo que desempeñó en la corte, debió de haber sido hombre de vastos y sólidos conocimientos; y quien convencido sin duda de que una esmerada educación literaria desde los primeros años de la vida, unida á la penetración y al talento, es lo que mas contribuye á formar á los grandes sabios, no debió de perdonar medio para poner á su hijo en aptitud de ir siendo iniciado poco á poco en los misterios de las ciencias, en que tanto se distinguía después. En consecuencia le fueron revelados todos los arcanos de las matemáticas, pues debían ser la base de todos sus profundos conocimientos ulteriores; y á los diez y ocho años de su edad, sus conocimientos matemáticos, físicos y astronómicos, escedían en mucho á lo que era ordinario entre jóvenes de su edad, especialmente en México, donde los medios de instrucción eran casi nulos.

Sabido es por todos, que la Compañía de Jesús era en esta época el centro de la ilustración y del saber, y el punto de donde partían todos los conocimientos nuevos, en mengua y descrédito de los antiguos, de lo cual mas de un ejemplo pudiera citarse; y sabida es tambien la sagacidad de sus miembros para descubrir y atravesar á todos aquellos jóvenes, en quienes advertían la chispa del talento, capaz de producir grandes cosas por la cultura y el estudio. ¿Cómo hubiera sido, pues, posible que se hubiera escapado á su diligencia, el preclaro talento y la prematura instrucción de un joven ante quien se desmoronaba un porvenir de grandes empresas científicas y literarias? Sigüenza, joven de diez y ocho años, fué buscado, solicitado por ellos, y el 17 de Octubre de 1660 tomó la sotana de jesuita, habiendo hecho sus primeros votos el 15 de Agosto de 1662 en el colegio de Tepozotlan, circunstancia que como dice Beristain, que vió por sí mismo el libro original de profesiones de dicho colegio, se ocultó al Illmo. Eguilar. Aquí comienza una época de nuevos estudios para Sigüenza; aquí se perfecciona en las matemáticas,

en la física, en la astronomía; aquí descubre mas y mas sus dotes poéticas, su propensión feliz á la crítica; adquiere conocimientos profundos en el griego y en el latin, conoce á fondo el idioma mexicano, y adquiere en fin un gusto finísimo á la historia y las antigüedades de los aztecas, cuyo historiador y arqueólogo debía ser en lo sucesivo con tan buen éxito, que es cocontribuyese no poco á formarle la mas hermosa flor de la literatura mexicana. Nadie se admirará de ver los progresos de Sigüenza, si no ignora la excelente enseñanza que esa congregación, que después produjo á los Clavijeros y á los Alegres, suministraba en esa época. La erudición de Sigüenza era asombrosa, y la reputación de que gozaba entre sus compañeros, hubiera bastado para envanecer á otro sabio menos modesto y humilde. . . . Aquí hay una circunstancia cuyas causas no he podido averiguar en cuantos libros he revuelto, bien que Cave le asigne por motivo el que Sigüenza quiso en esto complacer á su padre, y es que Sigüenza abandonó á los veinte años de su edad la Compañía de Jesús. ¿Y qué motivos pudieron impelerle á abandonar aquel emporio de las ciencias, donde tanta instrucción habia bebido, donde se le dispensaban tantas consideraciones, y al que él mismo dice que conservó siempre una gran veneración y respeto "por lo mucho que debo á tan doctísima y ejemplarísima religión desde mis tiernos años, en que de la benignidad de los muy reverendos padres de esta mexicana provincia, mis amigos, mis maestros, mis padres, merecí tan singulares favores, como siempre publico? No lo sé, como antes he dicho, y este ademas; es un punto tan oscuro de su vida, que ocioso me parece insistir mas en él.

Aquí comienza, por decirlo así, la segunda época de la vida de Sigüenza, la época mas gloriosa de la vida del sabio, que dirigiendo sus miradas sobre la humanidad sumergida en las tinieblas de la ignorancia y del error, se dedica exclusivamente á iluminar la senda del saber y de la verdad, porque si en algún existe la verdadera filantropía es en el sabio, que pasa sus días y sus noches entregado al estudio y al trabajo, para mejorar la condición de sus semejantes infelices, si es cierto que la ignorancia es una de las fuentes de la infelicidad humana. Al abandonar la Compañía de Jesús, Sigüenza promovió su secularización; obtenida la cual fué ocultarse al hospital del Amor de Dios, en donde sirvió el oscuro empleo de capellan, y el de limosnero del arzobispo D. Francisco Aguiar y Seijas.

Al llegar á esta época olvidamos la vida del sabio, para ocuparnos exclusivamente en tributar los elogios debidos á cada uno de los actos del hombre filántropo y caritativo que ora con-

suena á sus semejantes en el lecho del dolor, ora alivia las necesidades del pobre, haciéndose acreedor á que se le eplique aquel sabido verso de Terencio:

Homo sum; humani nihil a me alienum puto.

Sin que en este retiro donde estaba entregado á los ejercicios piadosos de su ministerio, dejase de emplear todos los ratos que sus ocupaciones le dejaban libres en el estudio de las Escrituras y de los Padres de la Iglesia, en la revisión e interpretación de los manuscritos y gero-glíficos de los aztecas, y en la mediación detenida de las grandes obras que pensaba legar á la posteridad. Mas en vano Sigüenza quiso permanecer aislado e ignorado de todos; su fama habia volado ya, revelando al público que en su seno abrigaba un sabio ilustre; y todos aquellos en quienes ardía el amor á las ciencias, le buscaron solícitos hasta hallarle, y declararse sus amigos mas adictos y sinceros. Así se hizo Sigüenza de la amistad para él inestimable, del Ciceron de la lengua mexicana, como él mismo lo llama, D. Juan de Alva Ixtlixochil, descendiente de los reyes de Texcoco, y el mas diligente y laborioso investigador de las hazañas y antigüedades de sus antepasados hasta Sigüenza; adquirió de la misma manera la del célebre náutico D. Sebastian de Guzman y Córdoba (discípulo del insigne matemático español D. Francisco Rueta), al cual debemos poseer impresas algunas de las obras de nuestro Sigüenza, y el que nos ha transmitido una idea de las que él habia leído, y no han llegado á nuestros días.

En cuanto á la amistad del primero fué como dije, inestimable para Sigüenza, porque con él se perfeccionó en la lengua mexicana, en el conocimiento de los gero-glíficos, y en su gusto á las antigüedades de México, y por haber heredado sus manuscritos que tanto le sirvieron para sus laboriosas tareas, manuscritos que considerando Alva que nadie sino un sabio podía apreciarlos como él, los legó en su testamento á D. Carlos de Sigüenza y Góngora, su hermano en ciencias, y su maestro en virtudes; esta adquisición para Sigüenza, unida á su penetración y discernimiento, fué la que le decidió á emprender sus grandes trabajos sobre la historia de los mexicanos, ora fundándose en la interpretación de pinturas originales, ora en la de los gero-glíficos, ora en tradiciones de hechos, que desde las generaciones mas remotas se habian perpetuado entre las familias y en el pueblo, y que eran, por decirlo así, los cantos populares de aquellos tiempos; ya en las hipótesis que su sagacidad y su instrucción le sugerian; ya en fin, determinando las épocas de aquella historia, y arreglándolas á las ordinarias de la historia moderna europea, por sus observaciones astronómicas y el cálculo de los eclipses

observados hasta allí. Mas antes de dar una idea de los trabajos históricos y arqueológicos de Sigüenza, harémos una ligera revista desus otras obras, y darémos una noticia de las que quedaron impresas que á escepcion de una ó dos son las mas insignificantes.

Poco anterior á su época, habia sido el célebre Descartes quien dió un golpe mortal á la filosofía peripatética, y era ya el corifeo de la nueva escuela filosófica llamada de los Cartesianos. Las nuevas doctrinas filosóficas cundían de día en día en Europa, y solo en España, cuyas puertas estaban cerradas á todo conocimiento nuevo, no eran conocidas sino por uno que otro que leía á hurtadillas, lo que de otro modo le hubiera hecho incurrir en el terrible anatema del Santo Oficio; y como era indispensable que esas preocupaciones y esa ignorancia, pasaran á América su colonia, de allí viene que entre nosotros el *peripateticismo* hubiera estado entronizado todavía en esta época y acatado públicamente por nuestros célebres doctores y maestros, por la sola razon de que su escelencia habia sido probada por el Sol de las Escuelas. Mas Sigüenza, cuyo ingenio elevado era incompatible con preocupaciones tan crasas, y á quien no eran desconocidos ni Descartes, ni Galileo, ni Gassendo, ni otros muchos, dió al traste con ellas, y reconociendo la escelencia de las nuevas doctrinas filosóficas, las profesó, si no en las escuelas porque no le era dable, sí al menos en todos sus escritos, lo cual no es poca recomendación de ellos, puesto que ademas estaban libres del indigesto escolasticismo, tan comun en todos los escritores de esa época.

Ahora, en cuanto á su estilo claro y elegante, creo yo que pudiera servir de modelo de la castiza locucion castellana, pues en nada cede en esto á los mejores escritores españoles del siglo XVI, y principios del XVII. Libre y aun enemigo del insoportable *gongorismo*, que hacia algunos años habia invadido la lengua de Cervantes, el mismo lo ridiculizó, cuando en su prólogo al *Paraíso Occidental* dice de D. Luis de Góngora y Argote, y del padre Paravicino, predicador de la corte de Felipe IV, lo siguiente: "Por lo que toca al estilo, gasto en este libro el que gastó siempre, esto es, el mismo que observo cuando converso, cuando escribo, cuando predico; así porque quizás no pudiera ejecutar lo contrario si lo intentase, como por saber haber perdido algunos tratados por su lenguaje horroroso y nimio, lo que merecían de aplauso por su asunto heroico. Escribir de una difunta, el que *en vez de mostrar pálidas tristezas ó marchitas perfecciones, se sonrrease de rojas colores, ó colora de rosas carmesies, las cuales aldivaban mas de lo que puede encarecerse la cara apocible de la difunta yerta; y servir todo esto de circunloquio,*

para decir el que conservaba despues de muerta los mismos colores que cuando viva, qué otra cosa es sino condenar un autor su libro (y mas formándose todo él de semejantes periodos) á que jamas se lea? Y no queriendo tan mal á este mio, que guste ver por él lo que de otros dicen, aseguro el que se hallarán los horizontes, las estrellas, y los coluros en los autores que escriben de la esfera; en los lapidarios, los chírsólitos, los topacios y los carbunclos; los ámbares y almizcles en los guanteros; los jazmines, los clavetes y mirasoles en los jardines, y todo esto con mucho mas en los que se presumen de imitadores de *Fr. Hortencio Paravicino* y *D. Luis de Góngora*; y como quiera que no es esto lo que se gasta en las comunes pláticas, debiendo ser el estilo que entonces se usa el que se debe seguir cuando se escriben historias, desde luego afirmo el que no se hallará el catálogo de esas cosas en la presente; porque sé que es este el escollo en que peligran muchos." Estas dos cualidades, de las que una influye en el espíritu y la otra en la imaginación, hacen todavía mas recomendables las dos obras que de él nos quedan, y aumentaria en mucho sin duda el interes de las que se han perdido, ó pasado quizá á brillar en la biblioteca de algun curioso europeo.

De sus obras se imprimieron en distintos años: las *Glorias de Querétaro*, la *Primavera Indiana* y el *Triunfo Parténico*, escritas en verso, y de cuyo estro poético me es imposible formar ningún juicio, por no haber llegado á mis noticias sino sus títulos; y las demas en prosa sobre asuntos científicos y literarios que se imprimieron, tambien son las siguientes: *el Belorofonte matemático, contra la quimera astronómica de D. Martín de la Torre*; *Manifiesto filosófico contra los cometas*; *Relacion histórica de los sucesos de la armada de Barlovento, desde fines de 1690 á fines de 1691*; *Trofeo de la justicia española, contra la perfidia francesa*; *los Infatigables de Alonzo Ramirez, que despues de haber dado la vuelta al mundo, arribó naufrago en las costas de Yucatan*; *el Mercurio volante, que fué sin duda el primer papel periódico que se imprimió en México*; *el Oriental planeta evangélico*; *el Paraiso Occidental*, y la *Libra astronómica*. Todas estas obras, segun aseguran Betancur, Eguara, Leon Pinelo en su Biblioteca Occidental, y Beristain, se imprimieron en México en distintas fechas; mas todas se han perdido, puesto que ni en las bibliotecas de los curiosos se encuentran, y por mas diligencias que he hecho, no he podido encontrar sino las dos últimas que he leído con sumo placer, y de las que luego daré una idea ligera, no pudiendo decir aqui mas del *Mercurio volante*, sino que Alzate hace mención de él en sus Gacetas.

El Paraiso Occidental es la historia de la fundacion del convento de Jesus Maria, en la que el autor reunió todos los documentos originales que la comprueban, y á la que los hechos de historia antigua, la descripción de algunas costumbres interesantísimas de los aztecas, y aun algunos acontecimientos de la época que accidentalmente consiguió allí, presentan un grande interes arqueológico. *La Libra astronómica* es el libro científico suyo que nos queda, y por el que se puede graduar muy bien el ingenio y la instruccion de nuestro Sigüenza. Su objeto es contestar á la impugnacion que de su Manifiesto filosófico contra los cometas, habia publicado poco antes el padre Eusebio Kino, jesuita alemán recién venido á Nueva-España con fama de gran matemático, motivado todo por el cometa que en 1687 habia aparecido, en la cual impugnacion el padre Kino escageraba la influencia de los cometas en las acciones humanas; confirmaba, en fin, la teoria de su fatalidad en contra de Sigüenza, que habia probado ya la ninguna influencia de esos enorpes celestes, en las determinaciones de los hombres, precisado á ello por el espanto que en México habia inundado el de 1687. Este opúsculo, en el que claramente se ve la vasta y profunda erudicion de Sigüenza, es una muestra evidente de sus altos conocimientos matemáticos y astronómicos; y es ademas el mayor testimonio que pudo dar de la independencia de su ingenio, cuando combatiendo la temida opinion de la fatalidad de los cometas, opinion fuertemente arraigada, no solo en el vulgo, sino en todas las clases de la sociedad de ese tiempo, derribó con la maestría y serenidad de un sabio, la que el jesuita alemán creyó inespugnable muralla, levantada con las opiniones y autoridades de poetas y sabios antiguos y modernos, y aun con las graves de los Santos Padres.

De 1698, año en que comenzó sus investigaciones científicas sobre la historia azteca, y en el que contaba apenas 23 años, á 1681 en que vió el público su *Libra astronómica*, cuya impresion fué costeada por D. Sebastian de Guzman, habian trascurrido 13 años, durante los cuales la fama de Sigüenza pasó los mares y llegó á la metrópoli, donde Carlos II se vió en la precision para afectar que premiaba el talento, de nombrarlo *Cosmógrafo regio*, *Catedrático de matemáticas* de la Universidad, y de irle comisionando sucesivamente otros empleos, todo por céduas reales fechas en Madrid que en vano he tratado de ver para dar aquí un trasunto de ellas, pues estoy seguro de que estas existieron en los archivos; bien que yo no poseo un solo átomo del favor que entre nosotros se requiere para examinar tales documentos. Mas incansable su fama, no detuvo su vuelo en la Península, sino que pasando los Pirineos llegó á la corte de

Luis XIV, deslumbró á aquel monarca, que viendo que durante su reinado descollaban tantos ingenios, se habia apresurado á proteger el talento, siquiera para que esto hiciese que la posteridad juzgase de su gobierno despota con menos inflexibilidad, y le inspiró la idea de escribir á Sigüenza, y de invitarle á que pasase á su corte, donde seria colmado de honores y riquezas, deseoso de poseer un sabio tan ilustre como lo era el astrónomo y anticuario mexicano; invitacion que nuestro sabio despreció, segun nos refiere Eguara, contentándose con el título de *Cosmógrafo regio*, y mas que todo con servir y ser útil á su patria, ora en instruir á la juventud, ora en aliviar y consolar las dolencias y miserias de sus compatriotas. Esta reputacion, de que en el extranjero gozaba, influyó sobremanera en que se le comenzasen á dispensar en México, por el gobierno de los vireyes y por el mismo gobierno eclesiástico, mas consideraciones de las que hasta allí se le habian dispensado: fué luego llamado á ocupar puestos importantes, que entonces no se concedian sino á uno que otro criollo favorecido; mas Sigüenza, con su modestia habitual, se rehusó siempre á abandonar el hospital del Amor de Dios, y el empleo de limosnero del arzobispo D. Francisco Aguiar y Seijas, en los que diariamente satisfacia los deseos que su ardiente caridad le inspiraba (1). Así pasó, entregado al ejercicio de su ministerio, publicando algunos opúsculos, escribiendo sus obras sobre la historia y antigüe-

dades de los indios, y desempeñando igualmente el cargo de Esaminador general de artilleros, desde 1681 hasta 1693. Una cosa singular y que debe referirse, que una demostracion brillante que dió él de su amor á las letras, es el empeño que tomó en salvar los manuscritos y todos los documentos originales de la historia antigua y moderna de México que se hallaban en el archivo del ayuntamiento, y que se vieron amenazados de perecer entre las llamas, á consecuencia del incendio que el 8 de Junio de 1692 se apoderó de las casas de cabildo. Mas oigamos cómo refiere esto Covo en su historia de *Los tres siglos de México*: "El día 8 de Junio por la noche, dice, el pueblo despues de haber apreadado el palacio del virey le pegó fuego á éste, é igualmente á las casas de cabildo y á los cujones, como allí llaman, ó tiendas de tablas de mercaderes, que están al rededor y en el medio de la plaza. En esto se trabajaba, cuando la voz de que se quemaban las casas de cabildo llegó al retiro de D. Carlos de Sigüenza y Góngora. Este literato, honor de México, escudado del amor de las letras y de la patria, considerando que en un momento iban á ser consumidos de las llamas los monumentos mas preciosos de la historia antigua y moderna de los mexicanos, que se conservaban en aquel archivo, con sus amigos, y alguna gente moza y benedicta, á quien dió cantidad de dinero, partió para la plaza, y viendo que por las piezas bajas no era capaz subir al archivo, pues el fuego las habia ocupado, puestas escaleras y forzadas las ventanas, aquellos hombres intrépidos penetraron en aquellas piezas, y aunque el fuego se propagaba por ellas, en medio de las llamas, asiendo de aquí y de allí los códices y libros capitulares, los lanzaban á la plaza, en cuyo ministerio tan arriesgado continuaron hasta que no dejaron monumento de los que no habian sido devorados por el fuego, &c." Ruego heróico, digno solo del alma de Sigüenza!

El día 12 de Enero de 1693, fué llamado á palacio por el virey D. Gaspar de Sandoval, conde de Galve, quien le avisó que le habia destinado para que acompañase en una expedicion científica, que tenia por objeto el reconocimiento del Seno Mexicano, al general almirante de la armada de Barlovento, D. Andrés de Pos, gobernador del real consejo de Indias, y secretario del despacho universal de la marina, comisionó á la que Sigüenza no pudo negarse; y abandonó su retiro para ir á servir á su patria, en expedicion de tanta utilidad. A fines de Febrero del mismo año salió de México para Veracruz, y el 25 de Marzo, día en que habian regresado ya todo lo que necesitaban para el reconocimiento, se hizo á la vela en dicho puerto, desempeñó su comision y volvió luego á Méxi-

(1) Por este tiempo llegó á México un ilustre italiano, virego distinguido, que antes de emprender sus viajes ória en Nápoles la profesion de abogado, y el cual se llamaba Francisco Gemelli Careri, quien terminada su viage publicó una relacion de él, con el título de Giro del mundo, cuya parte sexta está consagrada á México en sus tres libros primeros, de los cuales el primero contiene la historia de la ciudad de México desde su fundacion por los aztecas, hasta la época en que él llegó á ella, la cual relacion fué dada á los señores de las Indias con las señas de Sigüenza, como el mismo dice, y los otros dos son la relacion simple de su viage. Dice, pues, en el lib. 2.^o cap. 6.^o de Sigüenza á quien comisionó y trató instantemente, lo siguiente: "Lei Domenico 28 essendo andato nell' Ospedale del Amor de Dios, per farmi dare da D. Carlo Sigüenza y Góngora le figure che si vedono in questo libro, lo trovai occupato á disporre di poterli una borsa di cento pezze. Richieselo di questo fatto, mi disse che l'Arcivescovo de México D. Francisco de Aguiar y Seijas Gagliigo, tutti Luorndi gli consegnava una simile somma, per distribuirli á poveri sienti, malati e infermi; che per le sue mani similmente steta due pezze de'otto á ciascuno necessitante, che portava una cedola dell' Ospedale del Collegio di S. Alfonso, á vedere alcune carteggihe trovati, nel lato Orientale del medesimo, alcune antiche pietre, in una delle quali erano scolpite figure e geroglifici; e fra gli altri, un'ignota con fronti di feu d'Indie abbandonata; in un'altra, posta nel mare, circoli, e altre figure. D. Carlo Sigüenza, grande antiquario delle memorie degli Indiani, mi disse, ch'erano reliquie di un Tempio dell'Idolo Huicuri, e altre antiche del gentilesimo, si faceva argomendo, che quel Tempio era in tal rilo: altri però vogliono, ch'ei fusse stato, dove oggigi è la Cattedrale, &c."

co, donde publicó un tomo que se imprimió luego en folio, con el título de: *Descripción de la bahía de Santa María, de Galve [antes Panzacoala], de la Morita, y río de la Palizada ó Mississipi, en la costa septentrional del Seno Mexicano.* (1) Hablemos ya de sus manuscritos.

Al llegar á este punto apenas encuentro palabras con que expresar el sentimiento que á mí y á todo amante de las glorias de la patria, debe causar su pérdida, esa pérdida irreparable de que incansablemente debemos lamentarnos nosotros, como el mundo entero se lamentaría, si á su noticia no hubiera llegado mas que los títulos de los poemas inmortales del grande Homero. Esos manuscritos, fruto de los estudios y trabajos de toda la vida del sabio, objeto de sus mas detenidas y escrupulosas investigaciones, y en las que el ingenio de Sigüenza habia desplegado su vuelo de águila para remontarse hasta las generaciones mas remotas, y seguir los pasos de las naciones que poblaban nuestro continente, desde el diluvio hasta que sucumbieron bajo el yugo de sus conquistadores españoles, y en los que si no resolvía del todo tantos problemas, como con respecto á nuestros antepasados han ocupado, y aun ocupan á tantos y tan distinguidos sabios, derramaría al menos sobre ellas una luz vivísima; esos manuscritos han desaparecido de entre nosotros, han sido quizá el pasto de la polla, enterrados en alguna de las bibliotecas de nuestros conventos, olvidados hasta de sus mismos dueños, debido todo, como ya antes dije, á nuestro desprecio de todo lo que nos pertenece, y mas que esto á las astutas mañas de un gobierno déspota, que celoso aun de nuestras glorias literarias, dejaba perder los frutos de los entendimientos gigantes que á su pesar descollaban, y permitía que el sabio muriese en la indigencia, y acosado por el hambre. . . . Y que otra cosa podíamos esperar nosotros de él, cuando abandonaba á sus mismos

(1) D. Gabriel de Cárdenas en su Ensayo cronológico á la Historia general de la Florida al llegar al año de MDCXCII dice: "Diapos con gran brevedad y diligencia el Almirante D. Andrés de Pá, lo que necesitaba para el reconocimiento se hizo á la vela en la Vera-cruz á 25 de Marzo, en la fragata nombrada nuestra Señora de Guadalupe, de que era capitán D. Cristóbal Francisco de Santona, letrado con cargo á D. Carlos de Sigüenza y Góngora: católicico de matemáticas en la Universidad de México, jubilado persona tan respetada por su erudición y escritos, que su nombre es su mayor alabanza; dirigido el viaje para esta empresa dándole instrucciones en 13 de Enero de lo que se habia de ejecutar; acompañó á la fragata una balandra de que era capitán Juan Jordan." Sigue refiriendo luego el reconocimiento que hizo D. Carlos de Sigüenza de la costa septentrional del Golfo Mexicano, hasta entrar en el río de la Palizada, ó Mississipi; y en el cual reconocimiento menciona nuestro sabio que se hallaron su nombre á uno de los Capitanes de la costa, llamándole Cabo Sigüenza. Estos cristianos le temido de copiar toda esa página, de la gloria de nuestro ilustre compatriota; mas es demasiado larga para que pueda agregarse á un artículo que por su naturaleza debe ser corto.

hijos, y habia dejado morir pocos años antes, en la mas espantosa miseria, á Cervantes, al hombre mas grande que despues de Cristo ha vivido entre los hombres? No habrá persona sensible que no sienta conmoverse al leer el siguiente trozo, que el mismo Sigüenza pone en el prólogo á su *Paraíso Occidental*: "Si hubiera punto costeara en la Nueva-España, dice, las impresiones (como lo ha hecho ahora el convento real de Jesus María) no hay duda sino que sacara yo á luz diferentes obras, á cuya composicion me ha estimulado el amor ardentísimo que á mi patria tengo, y en que se pudieran hablar singularísimas noticias, no siendo la menos estimable, deducir la série y cosas de los *Chichimecas*, que hoy llaman mexicanos, desde poco despues del diluvio, hasta los tiempos presentes, y esto no con menos pruebas que con demostraciones innegables por matemáticas: cosas son estas y otras semejantes que requieren mucho volumen, y así probablemente morarían conmigo (pues jamas tendré con qué poder imprimirlos por mi gran pobreza). Quiera Dios nuestro Señor no sea así, á lo que tengo averiguado de la predicacion de Santo Tomás Apóstol en esta tierra, y de su cristiandad primitiva; ni al Teatro de la santa Iglesia metropolitana de México, donde se hallarán las grandezas que de esta ciudad ha tiempo tengo prometidas, y casi escritas. De lo mucho que he comunicado con los indios para saber sus cosas, puedo decir el que me hallo con cierta ciencia de las idolatrías, supersticiones y vanas observancias en que hoy entienden, y de que me alegrara me mandasen escribir, por su remedio &c." Como se ve por esto, el mismo predijo el paradero de sus manuscritos, con aquel sentimiento que debe causarle naturalmente al sabio, el pensar que por su pobreza, sus trabajos van á ser infructuosos; y con la pérdida de manuscritos tan interesantes, podemos decir hasta cierta parte, que una gran parte de la historia de nuestro pais, la memoria de muchos años ha desaparecido entre las generaciones posteriores, para sepultarse eternamente en el olvido con sus héroes, sus costumbres, y sus adelantamientos prodigiosos en las ciencias y en las artes.

Hasa aquí se ha perpetrado entre nosotros de tal manera ese sumo desecido, con respecto á nuestros manuscritos y antigüedades, que puedo asegurar, segun lo que he leído, y sin temor de equivocarme, que nosotros no poseemos ni la diez y seisava parte de los manuscritos y antigüedades nuestras, que poseen las bibliotecas y los museos de Europa. ¡A quién debe, pues, inculparse de esto, cuando aun despues de la independencia ha continuado la misma incuria, sino á todos nuestros gobiernos que distraídos,

y entregados completamente á la negra política de las revoluciones, no se han dejado un solo instante de reposo para dirigir una mirada protectora sobre las ciencias y sobre las antigüedades del pais, sobre esos monumentos brillantes que cada nación puede presentar á las otras, como prueba de la mayor ó menor cultura de sus antepasados? Y si hoy mismo, gracias á la diligencia, conocimientos arqueológicos y dedicacion constante del actual conservador del museo, poseemos algunas de las cosas pertenecientes á los aztecas, no son sino debidas á observaciones posteriores, siendo cosa verdaderamente sorprendente, el no encontrar ni un solo manuscrito en las bibliotecas públicas, pues ó se han perdido, ó los han sacado, que eso lo mas probable, estrañáremos mas curiosos de nuestras cosas que nosotros mismos, ó los tienen arrinconados en sus estudios, sin que ni á ellos ni á los demas les sean de ninguna utilidad, algunos mexicanos que queriéndonos dar honores de historiadores, no tienen ni la capacidad para formar una indigesta crónica. Mas ahora es ya tiempo de que nosotros, que pertenecemos á una época menos preocupada, nos ocupemos en investigaciones que puedan ser de alguna utilidad para nuestros patriotas, y al mismo tiempo para los estrañeros; y el estudio de los idiomas del pais, deberá ser la base de este nuevo ramo que debe abrazar con ansia la juventud estudiosa; esos idiomas útiles, y necesarios acaso por tantos respetos, que el desprecio en que todos los han tenido, ha contribuido quizá á que nuestros gobiernos hayan cuidado poco de su enseñanza y su propagacion.

Los títulos de los manuscritos de Sigüenza son los siguientes: *la Piedad heroica de D. Fernando Cortés: Tratado sobre los eclipses de sol: Tratado de la esfera: Elogio fúnebre de Sor Juana Inés de la Cruz: Vida del arzobispo D. Alonso Cuevas Dávalos: Teatro de la Santa Iglesia metropolitana de México: Historia de la universidad de México: Tribunal histórico: Historia de la provincia de Tejas: Anotaciones críticas á las obras de Bernal Diaz del Castillo y Torquemada: el Paraíso de Occidente: Genealogía de los reyes mexicanos: Ciclografía mexicana: Historia del imperio de los Chichimecas: Calendario de los meses y fiestas de los mexicanos: Año mexicano. De todos estos hay constancia; y del *Paraíso de Occidente*, del *Año mexicano*, de la *Historia del imperio chichimeco* nos dejó una idea D. Sebastian de Guzman, amigo íntimo suyo, en el prólogo á la *Libra Astronómica* de Sigüenza que el mismo Guzman publicó. Su idea es como sigue:*

"Si en mi concepto, dice (lo mismo dirán sin duda cuantos lo leyeren) es sobradamente bueno

este libro (habla de la *Libra Astronómica*), son mejores otros que tiene ya perfeccionados el autor de éste. De todos ellos poco dar razon, como quien los ha leído con notable gusto; y siendo contingente se pierdan por su desecido, si no se imprimen, pondrá aquí sus títulos, y epilogará sus asuntos para que si quiera esta memoria se conserve de ellos en aquel caso.

"FIN DEL OCCIDENTE: Santo Tomás apóstol, hallado con el nombre de Quetzalcoatl, entre las cenizas de antiguas tradiciones conservadas en piedras, en Temascaltillo, Tlaxtecas en cantares teochichimecas y mexicanos. Demuestra en el haber predicado los apóstoles en todo el mundo, y por consiguiente en la América, que no fué absolutamente inégnita á los antiguos. Demuestra tambien haber sido Quetzalcoatl el glorioso apóstol San Tomás, probándolo con la significacion de uno y otro nombre, con su vestidura, con su doctrina, con sus profecías que expresan, dice, los milagros que hizo; describe los lugares, y á las señas donde dejó el Santo apóstol vestigios suyos, cuando ilustró estas partes, donde tuvo por lo menos cuatro discípulos.

"ASO MEXICANO: Esto es, la forma que tenía el que usaban los de esta nación, y generalmente los mas políticos que habitaron la Septentrional América, desde que á ella los condujo Teochichimecal poco despues de la confusión de las lenguas en Babilonia. Este libro en no grande cuerpo, tiene gigante alca, y solo D. Carlos pudo darle el ser, porque juntándose la misma aplicacion que desde el año de 1668 (segun me ha dicho) ha puesto en saber las cosas de los manuscritos de Sigüenza que de la constitucion de todos los años, de las naciones orientales sabe (que es en extremo mucho) y tambien sucesos comunes que anotaron los españoles en sus calendarios, y los indios en el propiosuyo, cuadyavéndolo con eclipses de que hay memoria, con solo la epresion del día, en impas vicisimos de los indios, de que tiene gran copia, halló lo principaban en el día en que pocos años despues de la confusión, fué el Equinoxio verno. Trata del modo admirable con que valiéndose de triadecaféridas en días y años, usaron del bisieto mejor que todos los asiáticos y europeos, y pone á la letra el *Tomalnath*, que es el arte con que pronosticaban lo porvenir.

"IMPERIO CHICHIMECO: fundado en la América Septentrional, por su primer poblador Teochichimecal engrandecido por los ulmeacs, tulmeacs y acolluas, tiranizado por los mexicanos culhuas &c., contiene lo que dice el título con estimable y precisa curiosidad, sirviéndole grandemente para corregir las confusiones de otros autores, haber hallado la forma del año que

perfiles; la *superior*, ordinariamente mas lisa, el color verde mas subido, cubierta de una epidermis mas compacta, y sembrada de poros escrotoarios; y la *inferior* de un color menos oscuro, frecuentemente cubierta de pelo, y cuya epidermis presenta una infinidad de poros que absorben los fluidos que emanan de la tierra, y se encuentran repartidos en la atmosfera. Se notan tambien en la superficie inferior, unas fibras salientes que se llaman *nervios*, y cuando estas fibras son muy delgadas y se ramifican, toman el nombre de *zenas*.

Las hojas se dividen en sencillas y compuestas.

Sencillas, cuando el pezon lleva una sola lámina.



Compuestas, cuando el pezon se divide en otros pezoncillos que llevan las hojuelas.

Alternas, cuando nacen alternativamente de varios puntos del tallo.

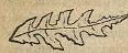


Opuestas, cuando nacen escasiamente enfrente una de otras.

Estrelladas, cuando tres ó mas hojas nacen á la misma altura rodeando al tallo.



Lanceolada, la que siendo mas larga que ancha se estrecha insensiblemente por ambos extremos.



Runcinada la que tiene senos profundos y ángulos salientes, cuyas lasinas son convexas por arriba.



Recortada, la partida en senos estrechos y lasinas derechas.

Cuando la hoja carece de pezon, y que la lámina adhiere inmediatamente al tallo ó ramo, se llama *sentada*, y puede ser.

Abrazadora, la que por su base cñte en parte al tallo.



Perfoliada, la que por su base rodea enteramente al tallo.



En forma de *vaina*, la que por su base forma una especie de tubo que cubre una parte del tallo.

Trabada ó reunida, la que formando un mismo cuerpo por su base con la de enfrente cñte con ella el tallo.



Pinnada, aquella en que hay muchas hojuelas dispuestas á manera de las barbas de una pluma, adheridas á lo largo de un pezon comun.

Recompuesta, aquella en que el pezon comun se divide en otros parciales, de los cuales nacen las hojuelas.

Las hojas presentan otros muchos caracteres; pero la estrechez de este artículo no permite estenderse mas.—P. S.



MEDITACION.

LA MUERTE.

*Si tras de la tumba un cielo
Se encuentra al dejar la vida
Si nuestra alma adormecida
Despierta en mejor mansion:
Vengo la muerte corriendo,
Durmame en eterno sueño,
Y no temamos su cenio
Pues despreciamos en Dios.
PAYNO.*

¡Qué fantasma horrible es la que se presenta á mi imaginación, armada de una guadaña formidable, con que amenaza cortar el hilo de mi existencia! Acá en mis sueños la veo pálida, descarnada, ansiosa de sangre en que ecbarse; y cuando está delante de mi vista, cualquier pintura que la representa, me estremezco de horror, porque considero en ella la muerte.

Mas cuando me pongo á meditar sobre este tirano desolador; cuando reflexiono que su objeto es el de trasportarnos de esta mansion de dolor á infortunio, á otra de ventura y bienestar, no puedo menos de condolerme de nuestra necesidad en temer semejante suceso.

¡Oh, y cuántos desearán la muerte á esta hora, como el término de sus penalidades! Sin embargo, ella sorprende muchas veces al hombre, en medio de los festines y orgias, y otras tantas recibe en su seno, el último gemido del desechado que sucumbe bajo el peso de su miseria. Para éste, la muerte es un alivio... es el trance terrible que todos tienen que sufrir para llegar al Eden, en que deben ser recompensados sus sufrimientos y miserias.

No obstante esto, los hombres siempre conservan un apego á la vida, causado principalmente por lo poco que reflexionan sobre los designios de la Omnipotencia, pues considerada la muerte filosóficamente, aparece desnuda de todos los aparatos espantosos con que la consideramos casi siempre.

Diciembre 6 de 1843.—R. BARCENA.

(Escrito para el Museo.)

CUENTO ROMANTICO.

AVENTURA DE UN VETERANO.

I.
Era una noche del mes de Diciembre de 18... el viento azotaba las ramas secas de los árboles del monte, y el brillo de las estrellas, y la transparencia de la atmosfera anunciaban que estaba próxima á caer una de esas heladas frecuentes en México, en la estacion del invierno.

Un ginete montado en un caballo negro como el azabache, con su ancho sombrero jarano calado hasta las cejas, y envuelto en unas mangas, se paró en la puerta de una fonda de un pueblito del Departamento de Morelia, cuyo nombre poco importa saber, y con voz entre regañona y meliflua gritó:

—¡Hola, patrona! ¡Habrá algo que darle de cenar á un viajero hambriento y fatigado!

A esta interpelecion salió á la puerta una muchachona, rolliza y fresca, vestida con unas enaguas de castor encarnado, y dejando asomar por entre el rebozo un pecho blanco y turgente, ligeramente cubierto con una camisa finisima lle-

—Decia, prendá mia, continuó el ginete, que esas lindas manecitas podrian preparar algo con que alimentar su estómago un hombre que ha corrido hoy veinte leguas, y hace doce horas neta que no prueba un bocadito.

—¡Toda la comida se ha acabado, caballero, respondiéndole la moza con voz espresiva; sin embargo, ha quedado por ahí un cuarto de pollo, y se buscarán unos huevos y unas tortillas...

—Con setenta de á caballo, que es una famosa cena...

—Apese vd. y pase á sentarse, entretanto... —Y apróposito, no olvide vd. hacer una salsa picante como ese tallo, patrona.

—¡Desea vd. cenar muy pronto?

—Tan breve como se pueda, contestó el viajero descombozándose la manga y apéñdose del caballo que estaba sudoroso y jadeante.

—Pues voy al instante...

—Escuche, patrona, ¡Y no habrá un poco de grano y de rastrojo para obsequiar á Satanás! A este nombre la fonderita hizo una mueca,

que queria significar su sorpresa, y como nuestro desconocido lo advirtió, procuró tranquilizarla.

—No se asuste la perla, le dijo, Satanás no es el diablo, sino mi caballo. Como es prieto como el carbon, y ademas salta barrancos con ligereza, y corre tan veloz como un águila vuelta, y es tan demonio, y tan... por eso le he puesto ese nombre; pero ¡tendríamos un par de cuartillos de maiz siquier!

—Está muy caro, contestó la muchacha.

—¡Buenos estamos! ¡Pregunto acaso el precio? La bolsa está bien provista, y á la disposicion de vd., patrona.

Al decir esto, sonó con el dedo los pesos que contenia el bolsillo de su chaleco, é hizo en seguida un carifio en la mejilla de la moza.

—¡Atrevido! exclamó ésta dando una rápida y armoniosa vuelta, que dejó ver al viajero un pequeñito pié, calzado con un zapato de raso blanco.

—¡Cácaras! murmuró el viajero mirando alejarse á la muchacha: es una perla esta fondera. ¡Pero qué... Soy un viejo avechicho, cubierto de cicatrices, que infundo espanto y no amor á las mugeres. Veamos qué tal ha sudado Satanás...

—El maiz está aquí, dijo la fondera volviendo seguida de un muchacho que conducia un costal con el grano; pero no hay pesebre ni caballeriza.

—Dime, pedazo de alcornoque, le dijo el viajero al muchacho, ¿dónde daremos agua á mi caballo?

—Aquí cerca...

—Pues deja el maiz y ven conmigo... Patrona: aquí queda mi silla y mis armas, continuó el viajero introduciendo en el cuarto los atavíos que habia quitado al caballo; luego ¡pronto, y que no se olvide la salsa picante y las quesadillas...

La fondera se puso al brasero, y el ginete tirando su caballo se encaminó á darle agua, seguido del muchacho.

A poco rato volvieron: el viagero puso en la boca del caballo un morral con maíz, y tranquilizado ya con las dentelladas que Satanás daba á la cena, se quitó las espuelas, desconfió de su cintura un ancho machete, y se introdujo en la fonda.

Era la fonda una pieza baja, en forma de cuadrilongo: á los costados estaban unas mesas toscas de madera con sus bancas de lo mismo; en el fondo se veía en la pared lo que se llama un tinajero, es decir, multitud de pequeñas ollas, vasos y jarros, colgados en unos clavitos, y en formas simétricas y variadas; y en el otro extremo frente á la puerta, estaba un limpio y reluciente brasero de piedra, enjarrado con una argamasa roja.

Luego que el viagero entró y recorrió con una ojeada el conjunto que se acaba de describir, dijo sonriendo:

—¡Alívino, patroncita, que nació vd. en San Miguel el Grande.

—¡Por qué lo dice vd?

—Este tinajero tan curioso; estos manteles tan limpios; y luego ese zagalejo encarnado, y esa camisa bordada, y... pero nada de mucacas, patrona; soy un hombre que tengo un buen corazón y las tres cefes, es decir: feo, fuerte y formal.

Con efecto, el personaje era como de cuarenta y cinco años; alto, de robustos miembros, tez morena, ojos negros y chispeantes, y un largo bigote retorcido que le llegaba hasta las orejas, mientras una cicatriz surcaba su cara desde el ojo izquierdo hasta la barba.

La fonderita, que vio á nuestro extraño personaje, á la cercana luz de una bujía colocada en la mesa, no pudo menos de hacer un gesto y sonreír con desden, por lo cual el huésped se apresuró á referirle el vulgarismo refrán de las tres cefes, acompañando á este elocuente sermón, el refinitín de los pesos y onzas que tenía en los bolsillos, lo cual, según él pensaba para sus adentros, debería influir mucho en que la cena estuviese buena, y aun se le proporcionase un lecho en que pasar la noche.

—Vamos, señor capitán, porque vd. debe ser por lo menos capitán, dijo la muchacha presentándole un plato; aquí tiene vd. un pollo muy bien frito, que me había reservado yo para cenar.

—Gracias, vida mía, por tanta generosidad, y á fé de Pedro Celestino, que no dejaré de recompensarte: toma á buena cuenta.

Diciendo esto arrojó un par de duros relumbrales.

—Con que ¡vd. se llama D. Pedro Celestino? contestó la muchacha tomando los dos pesos y echándoseles en el seno.

—Para servirte, hija mía.

—¡Y no es vd. capitán! porque en estos tiem-

pos que corren, no hay un solo hombre que no sea militar, bien sea independiente ó realista.

—Mira, tal cual este bigote, esta cicatriz y ese lindo machete, te dirán que soy soldado; pero en estos tiempos que corren, es menester desconfiar hasta de las buenas mozas como tú. Dime: ¿quieres tú al rey?...

—¡Bah! interrumpió la jóven con ingenuidad; ¿cómo puedo quererlo si solo he visto un retrato? y es un viejo narigudo, mas feo que...

—Mas feo que yo, ¿no es verdad? Pero lo que quería decirte es, que si eras realista ó insurgente.

—No soy por ahora mas que fondera, que doy de comer indistintamente á todo el que paga; pero á decir á vd. verdad, como Pascual dice que anda con el Sr. Morelos...

—Y ese Pascual ¿será tu querido?

—Caballo, señor capitán, y lo espero con ansia para que se case conmigo, pues mi madre, que está muy enferma y vieja, puede morirse de un día á otro, y entonces...

—Entonces te quedarás sola, y vendrás conmigo, paloma. ¿Cómo te llamas?

—María de los Dolores, contestó la muchacha haciendo una mueca y dirigiéndose al brasero donde se estaban friendo en un sartén unos huevos.

—Veo que no te agrada que haga yo el papel de enamorado; pues bien, hablemos de otra cosa. Trae ese patillo, y mándame buscar con tu muchacho un cuartillo de aguardiente refino, para empujar un poco tu maldito pollo duro.

La muchacha envió al criado con una botella por el aguardiente.

—Dígame, querida, que si has cenado este pollo te habría sido muy mal; en cuanto á mí, carnes mas duras está acostumbrado á digerir mi estómago; pero volviendo á lo que decíamos, parece que tú eres una completa insurgente, y puedo, por tanto, satisfacer tu curiosidad, diciéndote que en efecto soy capitán insurgente, y mal que bien, mando una partida de valientes, que no dejan de dar que hacer á las tropas del rey.

—Aquí está el aguardiente, señor capitán.

—A tu salud, salero, dijo el veterano echando el aguardiente en un vaso y sorbiéndose la mitad.

—Mil gracias, señor capitán.

—Puff, puff, no es malo el aguardiente; pero mejor lo bebíamos en el sitio de Puruarán, dijo el veterano limpiando con los labios su bigote.

—Uf, uf, dijo la muchacha haciendo un gesto. Soldado viejo, hija mía, y como tal no hago mayores gestos con el aguardiente; pero apropiado y como parece que esta tortilla con sal es lo único que podré meter debajo de las nar-

ces, quería preguntarte si no podías proporcionarme una cosa como cama en que dormir.

—Vd. es soldado viejo, y como tal, estará acostumbrado á dormir en el suelo, dijo la fonderita con sonrisas sardónicas.

—Veo que no comprendes lo que quiere decir un soldado viejo. Cuando tenemos el campo por cama y el cielo por pabellón, nos acostamos riendo, y nos dormimos tranquilos; pero cuando encontramos una linda patrona como tú, y ésta nos proporciona un colchón, una almohada y un par de sábanas limpias, también nos acostamos riendo y nos dormimos tranquilos. Con que ¿qué me dices; me darás alojamiento por esta noche?

—Es imposible; le prestaré á vd., señor capitán, sábanas y colchón; pero será menester que busque vd. otra casa...

—Esquira estás, con mil diablos, interrumpió el veterano dando una palmada en la mesa, y luego después de un rato de pausa continuó.

—¡Hay caballeriza en esta casa?

—Ya dije á vd. que no.

—Entonces decididamente no te molesto, pues donde duerma yo, allí ha de dormir mi caballo, y si no quieres darme un rincón en tu casa, mucho menos querrás partir tu lecho con mi pobre Satanás. Me voy... toma este otro par de duros, y Dios te ponga mas buena moza y te traiga á tu Pascual. ¡Ay qué lástima es ser viejo y feo! murmuró el capitán entre dientes y tomando los arneses de su caballo para ensillarlo...

—¿Qué generoso es este soldado! murmuró también la fondera, y luego en voz alta dijo:

—Señor capitán, me da lástima el que vd. vaya á pasar la noche en la calle.

—Como ha de ser, soy soldado viejo, contestó el militar apretando las cinchas á su corcel.

—En las orillas del pueblo hay una casa vacía; pero espantan.

—¡Españtan! interrumpió el veterano.

—Si señor: noche con noche se oye un ruido de cadenas terrible, y después dizque se aparece un muerto con hábito de fraile franciscano...

—Me gustaria ver eso, dijo el militar entrando y sentándose otra vez en la mesa.

—Y después el muerto muere, y...

—No es mas que eso!

—Y luego del susto se mueren las gentes que tienen el arroyo de hablar á esas almas de la otra vida.

—¿No es mas que eso?

—¡Caramba! ¡Y le parece á vd. poco?

—Ya se ve que sí.

—Y está vd. decidido á ir á esa casa?

—Seguramente que irá. ¡Cáscaras! La cosa no es de desperdiciar, pues dicen que cuando los muertos hablan, es porque tienen dinero enterrado... Con que haz que me indiquen la

casita, y si algo logro, te prometo darte la mitad para que seas feliz con tu Pascual.

—Señor capitán, se va vd. á esponer.

—Deja esos temores, chica. Bastante he tenido que hacer con los viros, para que ahora tenga yo miedo á los muertos. Otra vez á tu salud y á la del muerto vestido de franciscano.

El capitán se sorbió el otro medio vaso de aguardiente.

—Dios lleve á vd. con bien.

—Él te guarde tan linda y tan salerosa, contestó el capitán; pero dame esa botella por si esas almas en pena desearan remojar sus gaznates.

La muchacha se santiguó.

El capitán que entretanto había acabado de ensillar su caballo, montó en él y siguió al muchacho que debía guiarlo á la casa donde espantaban.

II.

Dando el toque de ánimas llegó el veterano á una casa situada á estramuros del pueblo, casa cuyas ruinas fantásticas parecían al trémulo fulgor de las estrellas, ya un castillejo, ya un templo, ya un mesón. Era un molino de trigo espacioso, y abandonado hace algún tiempo por sus dueños, que como españoles, andaban prófugos quizá, ó agregados á las filas de los realistas.

El guía se alejó corriendo cuando estuvo á la vista del edificio, y el veterano se adelantó impávido, hasta una gran puerta que cediendo á un leve impulso de la mano, dió paso al gineite á un patio espacioso, circundado de una portalería en partes arruinada y en partes próxima á desplomarse; pues las columnas se veían torcidas, y sus capiteles y cornisas despostilladas: multitud de bóvedas abiertas y oscuras circundaban este recinto, y en un ángulo de él había un estrecho callejón que conducía á otros pasadizos y galerías. Cuando el veterano se encontró completamente solo en medio de estas ruinas, y que las pisadas de su caballo hacían eco en aquellas bóvedas oscuras, en aquellas negruzcas paredes, no pudo menos de sentir que un calorífico recorria rápidamente todo su cuerpo; pero desechando este miedo perilló, recobró su buen humor y sangre fría, y gritó con todas sus fuerzas:

—En, ea, ¡no hay un diablo en este molino que pueda indicar á un soldado, dónde puede pasar la noche con comodidad!

Nadie contestó, y solo el eco de la voz ronca del capitán se fué apagando gradualmente.

—Veo, continuó Pedro Celestino, que es menester que yo mismo busque mi alojamiento.

Diciendo esto se apeó del caballo, lo ató á una columna; sacó sus trastos de lumbre y en-

endió una de las velas que la patrona había cuidado de proporcionarle. Armado así con su luz en la mano izquierda, y una pistola preparada en la derecha, comenzó á visitar los cuartos y bodegas. Todos estaban cubiertos de polvo y de telarañas, y los murciélagos asustados con la luz formaban círculos eternos y fantásticos al derredor del veterano.

—Malditos vejeterios, exclamaba el soldado espantado á los murciélagos; buena la harán si les da gana de apagarne la luz.

Visitó, por fin, multitud de cuartos y bodegas, y todas aruinadas y sucias, no le ofrecieron comodidad para instalarse; entonces colocando la bujía en un rincón abrigado del aire, se dirigió por el pasadizo, resuelto á explorar todo el edificio. Internóse en efecto en una galería húmeda, y de allí saltó á otro patio tan espacioso como el primero y lleno de montones de tierra y estiércol, donde pudo notar algunas calaveras y canillas de muerto.

—He aquí, dijo suspirando, las calaveras de muchos imbéciles que se han dejado acobardar por los muertos, y no han tenido valor para soplarles una bala en la mitad del casco; pero lo que importa es hallar un sitio apropiado en que descansar, de frente . . . avancen . . .

Siempre con la barba sobre el hombro, como suele decirse, se introdujo el capitán á varias piezas, las registró con minuciosidad, y se retiraba ya desconsolado, pensando que le sería necesario dormir á los pies de su caballo, cuando oyó una voz lánguida y prolongada, que decía: —A la izquierda, en la tercer puerta.

—¡Hola! veremos lo que hay á la izquierda en la tercera puerta, dijo el veterano dirigiéndose con calma hacia ella. Entró en efecto, y vió una pieza aseada, con un cómodo lecho en un rincón; un par de sillas y una tosea mesa de cedro con un sillón, en el que estaba sentado gravemente un esqueleto.

—Cracias, chico, por el aviso, dijo el capitán entrando: hace media hora que estoy visitando estos malditos cuartos, que parecen mas bien bartolinas de la inquisición, y había perdido la esperanza de encontrar una cama.

El esqueleto inclinó la cabeza hacia adelante. Turbado quedó por un momento el veterano; mas acercándose impávido y sacudiendo por un brazo al esqueleto, observó que una rata enorme saltó del cráneo hueco.

—¡Ah! ya veo que soy un chiquillo de la escuela! ¡Bah, así serán todos los prodigios de este molino encantado!

Escaminó la cama: las sábanas estaban limpias y eran de lienzo fino, y además había dos colchas nuevas de San Miguel; y una sobrecama china de damasco.

—Por vida mía, que este lecho es digno de

un rey, y pasaré en él una excelente noche. Desciñóse el machete y colocólo en un rincón, y poniendo la vela en la mesa frente del esqueleto y las pistolas debajo de la almohada, se echó en la cama; mas casi al momento le ocurrió una idea.

—Miserable de mí, que he dejado á mi caballo solo; voy por él, dormiré frente á mi cama. Fué, pues, al primer patio y encontró á su corcel que impaciente trataba de comer un manojo de maiz seco que había á poca distancia.

—Vamos, mi querido Satanás, parece que estos fantasmas no te han olvidado: esto diciendo, desató su caballo, tomó el tercio de rastrojo, y se dirigió á la recámara referida, donde alojó también al corcel.

Instalado así, se echó en el lecho y comenzó á reflexionar sobre la estraña situacion de este edificio, descando que cuanto antes se ofreciera la ocasión de descubrir estos misterios y apariciones, que tenían llenos de pavor á los habitantes del pueblo. Pensando en estas y otras cosas análogas, cerró los ojos y comenzó á dormir.

Entre sueños creyó escuchar un ruido prolongado de cadenas, alternado con dolientes y lastimeros quejidos: abrió y estregóse los ojos, y frente á su lecho miró abierta una puerta que no había observado al entrar, y que comunicaba con una série de piezas y galerías.

El ruido de cadenas y los quejidos aumentaban.

El veterano se puso en pié; tomó una de sus pistolas que ocultó por detrás, y santiguándose con gran devoción, se preparó, retorciéndose el bigote y con una sonrisa que indicaba la serenidad de su alma, á recibir á las misteriosas y nocturnas apariciones.

No se hicieron estas esperar mucho, pues el veterano observó allá en lo mas profundo de las habitaciones, un fantasma con una linterna sorda en la mano, que capitaneaba, por decirlo así, multitud de bultos deformes.

El capitán se santiguó de nuevo.

Los fantasmas se acercaban lentamente.

—¡Hola, camaradas! gritó el capitán con voz firme cuando estuvieron á corta distancia: si os atrevéis á dar un paso mas, os enviaré una bala que os haga ir segunda vez al otro mundo.

Los fantasmas se acercaron; entonces el capitán disparó la pistola; pero la ceba se había caído y no dió fuego. Entonces, y antes de que tuviese tiempo de tomar la otra pistola ó la espada, se le echaron encima tres fantasmas y le sujetaron los brazos, mientras otros se apoderaron de las armas.

—Veo, camaradas, dijo el capitán con calma, que tenéis fuerzas sobrenaturales, y me confieso rendido; pero también veis que no tiemblo co-

mo un muchacho á la vista de calaveras y esqueletos. Nada me importa el motivo porque estéis aquí, ni pretendo indagar si sois muertos ó vivos. Un desafío con una muchacha buena moza, y el deseo de tener una aventura ó pasar la noche con comodidad, me han traído aquí; por lo demas, creo que no ultrajaría cobardemente á un viejo guerrillero que no trata de hacerlos mal.

Los fantasmas soltaron al capitán, y el que tenía la linterna sorda que era un fraile franciscano con una calavera en vez de rostro, contestó con voz sepulcral: —Hermano: nosotros estamos ya juzgados por Dios, y no queremos hacerte mal, sino darte solo una leccion de que debes respetar estos misterios del Altísimo.

—Hermano, repuso el capitán imitando la voz sepulcral del muerto: lo que yo sé hace mucho tiempo es, que cuando los difuntos andan en pena es porque en la vida han cometido ciertas travessuras que les impide entrar al ciclo. Con que si tú y tus compañeros tienen por estos rumbos algunos barriles de onzas ó de pesos enterados, pueden conducirme á donde estén, seguros de que yo pagaré todas las mandas que deban, y mandaré decir misas por el descanso de su alma.

—Somos muertos que tenemos otra mision en la vida, dijo el fraile franciscano.

—Os he dicho, interrumpió el veterano, que poco me importa que seáis muertos ó vivos, y ni quiero indagarlo tampoco; lo que deseo es que con una legion de diablos os marcheis de aquí y me dejéis descansar, pues la noche debe estar muy entrada.

—Nos hemos propuesto acompañarte hasta que suene la última campanada de las doce, contestó el franciscano.

—Qué diablos de horas misteriosas tienen vdes. los muertos, para aparecerse y desaparecerse; pero sea lo que fuere, es menester que entretanto suenen las doce estemos alegres, porque el guerrillero Pedro Celestino, no conoce el mal humor. Ea, muchachos, bebed un trago.

El capitán echó aguardiente en el vaso, y lo ofreció á los fantasmas.

Los fantasmas bebieron silenciosamente, y devolvieron el vaso al capitán.

—No os parece muy mal el aguardiente á lo que creo, mis carísimos huéspedes, y si hubiera media docena de botellas ¡voto á brios! pasaríamos la noche alegremente.

Apenas acababa de decir esto el veterano, cuando bajaron del techo, por medio de unos alambres, las botellas que deseaba.

—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó el capitán frotándose las manos: son vdes. unos guapos muchachos.

—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó el capitán frotándose las manos: son vdes. unos guapos muchachos.

Tom II.—XXI

chachos. ¡Y son tan aficionados á la baraja como al licor!

—Juguemos, bebamos, gritaron los fantasmas dando saltos y formando círculos y evoluciones al derredor del capitán.

—¡Eal gritó éste con voz de trueno: órden, y ponga cada uno su dinero. Esto diciendo, metió mano á su bolsillo, sacó una baraja y un puño de monedas de oro y plata.

—Sota y cuatro; ¿á cual van!

—A la sota, guerrillero, á la sota.

—Se corre.

—Vamos.

—Cuatro viejo, á la segunda.

El capitán recogió multitud de monedas y siguió barajando.

—Caballo y dos.

—Al caballo.

—El dos, mozo.

—¡Teneis fortuna, capitán, exclamó el espectro franciscano, dando una palmada en la mesa.

—Una poca, y no sé si haré bien de guardar un dinero que huele un poco á humedad y á azufre; pero al fin es falso.

—Cese el juego, dijo el muerto, y brindemos por este esqueleto, que es nada menos que el de un amigo vuestro.

—¿Quién es ese amigo?

—Rascon Fernandez.

—Con setenta legiones de diablos, gritó el capitán cerrando los puños y erizando el bigote, que se me revuelven las entrañas solo al escuchar ese nombre.

—¿Cómo! ¿os ha hecho mucho daño ese Rascon Fernandez?

—¡Frierola! incendió mi casa; asesinó á mi muger, á mi virtuosa Teresa, y hubiera llevádose al único tesoro que tengo en el mundo, á mi hija Rosa, á no ser porque llegué á tiempo con mi guerrilla, hice huir cobardemente á los bandidos que lo seguían, y á él lo dejé muerto con mi propio machete.

—No obstante, capitán, brindad por Rascon Fernandez dijo el espectro con voz ronca.

—¡Mala bomba! gritó el capitán estrellando el vaso que tenía en la mano, contra el esqueleto que estaba sentado en la mesa.

En esto sonaron en el reloj de la iglesia del pueblo, las doce de la noche; el ruido de cadenas se hizo oír con fuerza, y los fantasmas, silenciosos y graves, se alejaron lentamente por donde habían venido, dejando al capitán confuso y como si acabara de despertar de una horrosa pesadilla.

Pasado un momento se recostó en la cama, cuando bajaron del techo, por medio de unos alambres, que deseaba.

—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó el capitán frotándose las manos: son vdes. unos guapos muchachos.

Cosa de las cinco de la mañana, y cuando los primeros rayos del alba empezaban a pintar el horizonte entró á la roednara y vió una muger vestida de blanco, cubierta el rostro con un velo, que ponía una hoja seca de maiz debajo de su almohada.

Quiso hablarle; mas la muger se alejó rápida como una eshalacion.

El capitán creyó reconocer en la vision las formas esbeltas de su hija Rosa. Miró la hoja de maiz que estaba debajo de su cama, y acercándose á la buja, que aun estaba encendida, leyó estas palabras escritas con carbon: "Salvame, por Dios."

Mil pensamientos siniestros cruzaron entonces por la mente del capitán; pero procurando desecharlos ensilló su caballo y salió del molino encantado.

III.

—Gracias á Dios que veo á vd. vivo, dijo la fonderista luego que vió llegar al capitán.

—Ya ves, hija mia, que vuelvo otra vez en cuerpo y alma á tu casa, y algo mas habilitado de dinero que anoche. Te ofrecí darte la mitad de lo que adquiriera, y hé aquí lo que he ganado á los muertos: dos, cuatro, ocho, diez, doce onzas cabales.

—¡Virgen de Atocha! exclamó la muchacha, ¡y cómo he de tomar este dinero, señor capitán!

—¡Fresca estás, muchacha! Es dinero bueno y sonante, que te servirá para casarte con ese mozo cuando regrese.

—Pero, cuénteme vd., señor capitán, lo que le ha pasado anoche.

El capitán le contó en extracto lo que le habia ocurrido, mientras María de los Dolores le sirvió el desayuno.

—Estais un poco triste, capitán, le dijo la muchacha.

—Con efecto, Dolores, estoy impaciente por ver á mi hija, y... me voy; pronto nos volveremos á ver, pues quizá habrá monester de tu auxilio: guarda ese dinero, y acuérdate del capitán guerrillero Pedro Celestino Castaños.

La muchacha tendió una mano al capitán, mientras con la otra enjugaba una lágrima que rodaba por su mejilla.

El capitán montó á caballo, y desapareció como un relámpago.

IV.

El deseo de arrostrar una aventura, porque el veterano se preciaba de valeroso y caballero como el buen Hidalgo de la Mancha, lo hizo pasar la noche en el molino encantado; pero ansioso por una parte de llegar á su casa, é inquieto por demas con la aparicion de la blanca fantasma que tanto se asemejaba á Rosa, devoraba el espacio, y habria querido que su corcel hubiese tenido la rapidez de una águila.

Caminó todo el dia y al caer la tarde se internó por una calzada de árboles secos, á la sazón, separada del tránsito que conducía al pequeño, y escondido rancho donde vivia su hija. Soltó la rienda á Satanás, el cual, fatigado con la carrera andaba lentamente. Cada paso que daba era un martirio para el capitán, pues el corazón se le estrechaba y la cabeza le dolia. Por fin, divisó la casa que estaba en un terreno un poco hundiéndose y casi cubierta entre los árboles y matorrales; mas notó que no descollaba blanca y graciosa, como un cordero que trisca en las lomas, sino que era una masa negraza y confusa que se confundía con el seco ramaje de los árboles.

Se acercó mas; su hija á quien habia mandado con anticipacion avisar el dia de su llegada, no estaba como otras veces con los brazos abiertos, para estrechar en ellos á su padre, y esto le inquietó mas. Prendió las espuelas al caballo, y de un brinco llegó á la casa.

Eran ya unas ruinas; la casa estaba quemada, y todo yermo y solitario.

De una choza miserable salía una columna delgada de humo, que se perdía entre la neblina del cielo. El capitán, temblando, se acercó á la choza.

La buena vieja María Teresa, nodriza de su hija, salió encorbada y temblorosa á la puerta tan luego como vió al capitán, se le llenaron los ojos de agua, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¿Dónde está mi hija? exclamó el capitán con una voz hueca y comprimida por el llanto. La vieja alzó la mano y señaló al veterano la casa quemada.

—¡Mil rayos del cielo! ¿Han asesinado á mi hija? ¿Ha perecido entre las llamas?

—No, capitán, no; se la han robado.

—¿Cuánto todo, anciana; los que como yo tienen el cuerpo y el alma llenos de cicatrices que destilan sangre, no deben llorar por estas pequeñeces.

El capitán sin embargo se bebía las lágrimas y sus miembros temblaban.

—Hace un mes, capitán, que escuchamos las pisadas de muchos caballos y el ruido de sable y armas de fuego, y á la media luz del crepusculo divisamos una partida de hombres armados de luzas con banderolas encarnadas. Entrada la noche, rodearon la casa...

—Y esos miserables cobardes que tenía yo en el rancho parasucando devedes, ¿qué hicieron?

—Murieron defendiendo á mi hija, á mi linda Rosita.

—Bien, prosigue, interrumpió el capitán apoyando sus manos en la cabeza de la silla.

—Muy corta es la historia. Los enemigos eran muchos, y los defensores aunque valientes eran pocos. No obstante, desde la azotea hice

ron un fuego vivísimo, y mataron á muchos de esos pícaros bandidos; pero estos incendiaron las puertas, entraron como unas fieras, mataron á dos ó tres mozos que habian quedado con vida y se robaron á Rosa, dejando la casa entregada al fuego, y á mi con vida para que contara á vd. esta desgracia.

—Eres insensible, anciana, gritó el capitán, y me has contado ese suceso con una indiferencia que merecia castigarse. ¿No sabes que Rosa era el único tesoro que tenía en el mundo? ¿No sabes que era mi hija, la hija de mis entrañas y de mi sangre. ¡Ah, Dios eterno! ¿Por qué no me casias un rayo.

—Capitán: escenas como la que ha pasado en este rancho, embargan el sentimiento, y matan el cuerpo y el alma. Hace un mes tambien que la calentura devora lentamente mi débil cuerpo, y si tres días mas tarde hubieseis venido, habriais encontrado ya el cadáver de María Teresa. Adios, capitán: buscad á vuestra hija, pues os he dicho que vive aún; en cuanto á mí, voy gustosa á salir de esta miserable vida... pero... tanta de mí, que no os ofrezco algo de comer. Tomad estas tortillas, y en ese rincón hay maiz para darle un pitonzo al caballo.

El capitán se apretó del caballo sin hablar palabra; le quitó el freno, le dió agua y un pienso de maiz, y envolviéndose en su manga se sentó debajo de un mesquite.

A cosa de la media noche ensilló su caballo y se dispuso á marchar al molino encantado, donde no le quedaba ya la menor duda que debería encontrar á su hija, aun cuando le costase la vida libertarla. Antes de marchar dió un vistazo á la choza.

La anciana estaba ya muerta, y la lumbre apagádose.

El capitán encendió un puro, arrojó una mirada profunda al cadáver, montó despues en su caballo, y desapareció entre las tinieblas de la noche.

V.

Dos noches permaneció el capitán en el molino encantado, y la farsa no se repitió; entonces registró con minuciosidad el edificio, y vió evidentes señales de que los que la habitaban eran no muertos ni fantasmas, sino una compañía de bandidos, que impunemente cometían robos y asesinatos inauditos. Convencido de que si daba parte á la autoridad podria ser arrestado, se resolvió á vagar por todos los pueblos, haciendas y edificios arruinados hasta encontrar á su hija, y tomar una venganza digna de un crimen semejante.

Tres meses vagó sin fruto alguno; hasta que se resolvió á reunirse con su guerrilla y proseguir sus pesquisas.

VI.

Entretanto, el capitán con una guerrilla de doscientos bravos, recorre como un leon las selvas, los montes, los edificios y los pueblos, no ya luchando por la libertad de México, sino por su linda hija Rosa: trasladémonos al lugar donde pasaban otras escenas, no menos importantes para el conocimiento del lector.

VII.

En los tiempos en que se ha colocado esta narracion, es decir, cuando el gran Morelos favoreció por la fortuna, habia vuelto á levantar el estandarte de la libertad, era muy frecuente que así mexicanos como españoles, perseguidos simultáneamente por sus enemigos, abandonaran sus casas y parte de sus intereses. Resultaba de esto, que muchas de las ricas posesiones de campo, quedaban yermas y solitarias, y á la merced de las primeras tropas que querian instalarse en ellas. Tambien en esta época habia no solo ejército que reunidos combatian por sus opiniones, sino guerrilleros que reunian mas ó menos número de hombres, y hacían la guerra por su cuenta, y cometían todo género de robos y maldades, desatendiendo y entorpeciendo el progreso de la causa que defendían.

En este caso se hallaban los capitanes Pedro Celestino Castaños, y Rascón Fernández, con la diferencia de que el primero tenía á sus órdenes doscientos rancheros, antiguos servidores suyos, que defendían leal y valerosamente la causa de la independencia; mientras el segundo, aunque mexicano, habia ajurado sus opiniones, y la defensa de su patria, y reuniendo una coleccion de hombres criminales y prostituidos, recorría los pueblos y haciendas de la Tierra-Acordia, cometiendo en nombre del rey, los mas inauditos excesos y crueldades.

Varias veces, como era natural, habian venido á las manos las fuerzas de los dos guerrilleros, y siempre Rascón Fernández habia tenido que huir vergonzosamente; así es que meditó yengarse de cualquiera manera, como lo verificó la primera vez, saqueando la hacienda del veterano, y asesinando á su muger; y la segunda, incendiando la única posesion que le habia quedado, y robándose á Rosa.

Rascón Fernández habia concebido una passion vivísima por Rosa, que hasta cierto punto santificaba su vida pasada, pues teniendo en su poder, le habia guardado todo género de consideraciones, si bien trayéndola cautiva, y oculta de lugar en lugar, hasta el dia en que la casualidad condujo al veterano al molino encantado, donde Rascón Fernández se habia instalado, fraguando las supercherías de duendes y fantasmas, como un recurso seguro para ponerse á cubierto de las pesquisas de sus enemigos.

La noche que el capitán durmió en el molino, hubiera podido muy bien haber sido la última de su vida, pues Rascón Fernández ardia en deseos de vengar las heridas que recibió de mano de éste, y que lo tuvieron mucho tiempo en las orillas del sepulcro; pero la consideración de que Rosa podría darse la muerte también, y el grande amor que la tenía, lo hicieron contenerse así que, que sano y salvo dejó salir al capitán, limitándose solo á marcharse con sus bandidos al día siguiente del molino, para establecerse en otra hacienda, abandonada, y cuya posesión en la cima de una cañada, la hacía muy ventajosa para la defensa.

VIII.

En una sala de esta hacienda, amueblada decentemente con grandes sillones de damasco, y decorada con los retratos de los antepasados del dueño, que era último vástago de esos plebeyos conquistadores, á quienes Cárlos V hizo nobles vasallos, había instalado su sitio real el intrépido guerrillero Rascón Fernández, cuya fisonomía expresiva y agrable, no anunciaba que sus inclinaciones y corazón fuesen de todo punto depravados.

—¡Hola, Ruiz! decía á un personaje seco y escuálido, vestido con un uniforme azul, con vivos y guarniciones amarillas, es menester que esta noche distribuyas centinelas en la azotea, y mandes una patrulla á que reconozca las avenidas de la calzada, pues he tenido positivas noticias de que una partida de independientes está acampada por estas cercanías.

—En ese caso, contestó Ruiz, sería mucho mejor reunir toda la gente útil, y marchar á atacarla.

—En otra época, repuso Rascón Fernández, no me habrías dicho esa dos veces; pero ahora... ahora es otra cosa, temería perder la vida.

—Vive Dios, capitán! ¿Dónde se ha ido ese valor y ese arrojo que habéis mostrado en todas nuestras campañas!

—¿Qué quieres? Ahora, repitió, no soy dueño de mi vida ni de mi corazón: ahora tengo otro género de ideas, y francamente, si pudiera adoptar una vida tranquila y pacífica....

El capitán suspiró profundamente.

—Bien lo decía, murmuró entre dientes el viejo Ruiz, que esa mozuca había de trastornarle á vd. los cascos.

—Te he prevenido, Ruiz, que no hables una sílaba que pueda ofender á esa niña en lo mas leve, y otra vez será menester dividirme la cabeza con mi machete....

—Yo, nada digo, capitán, sino que si efectivamente esos picaros insurgentes están cerca, es necesario escarmentarlos.

—Bien, toma cincuenta hombres escogidos,

y haz lo que te dé la gana... pero no: será mejor que tengamos vigilancia, pues me temo que será la guerrilla de ese viejo testarudo de Pedro Celestino; por una parte, esa es gente que no se deja jugar las barbas, y por otra, he ofrecido á Rosa, no atacar jamás á su padre: con que vete á ejecutar las órdenes que te he dado, y de paso dile á Micaela que entre.

El viejo Ruiz salió gruñendo entre dientes, y á poco entró Micaela, que era una mulata moretana y robusta, que había sido primero sirvienta, luego concubina del capitán Rascón, y finalmente, una especie de nodriza ó cuidadora de Rosa.

—¿Qué se ofrece? dijo con aire altanero Micaela, encarándose con el capitán.

—No dejas jamás ese tono soberbio, miserable mulata.

—Otras veces me ha llamado el capitán, su perla, su diosa, y....

—Ahora ya sabes, Micaela, que no te puedo decir estas palabras; pero en cambio, te doy oro y diamantes á montones, y....

—Y balas, y lanzadas y peligros á montones es necesario arrostrar, interrumpió Micaela, y al fin de cuentas una prisión como esta, ó una barranca en la sierra por asilo....

—No hablemos mas de eso, Micaela, dijo el capitán con calma, pues sabes que llegará tiempo en que te veas libre de mí, y dueña de una fortuna considerable.

—Es verdad, es verdad, repuso Micaela sonriendo con esta idea, y estoy dispuesta á escuchar á mi dueño.

—Dime, Micaela, preguntó con voz entrecoriada el capitán, ¿qué hace Rosa?

—Rosa llora siempre, y se desespera.

—¿Y no está agradecida porque perdoné á su padre la vida, la noche que pudo haber sido asesinado en el molino?

—Esto, señor capitán, ha disminuido un poco el odio que había concebido por vd.; pero no lo ama.

—Bien convencido estoy de ello, y soy un necio en alimentar esperanzas; pero al menos, Micaela, quisiera una sola mirada expresiva de Rosa. Esto me haría el mas feliz de los hombres.

Micaela se mordió los labios.

—Bien sé que esto te atormenta, Micaela; pero ya te he dicho que cuando consigas que Rosa sea mas compasiva conmigo, te pondré en el paraje que quieras, y te colmaré de riqueza, con las cuales podrás pasar feliz, y quizá amada el resto de tu vida.

—¡Ah, capitán! ¿Pensais que una muger celosa puede contentarse con el oro? Volved esa muchacha á su padre, y amadme como antes: con esto haréis dos buenas acciones, que quizá os libertarán de muchos males.

—Te he dicho que mi resolución es invariable. No temo ni á la cólera del capitán Celestino, ni á tus celos, ni á nadie. Rosa ha de ser mía, á pesar de cuantos obstáculos puedan oponerse.

—Y si ella se manifiesta inflexible y obstinada!

—Entonces... entonces... no será de otro, ni la verá su padre mas: la mataré.

Los ojos de Micaela brillaron con una alegría indefinible.

—Cuidado, Micaela, con manifestar tan abiertamente tus sentimientos. ¿Piensas que si yo atentara contra la vida de Rosa, te dejaría yo en el mundo para que te rieras de mi desgracia y de mi locura? ¡Ah! tú morirías primero, Micaela.

—Ese sería un bien para mí, capitán, contestó tristemente la mulata.

—Dí á Rosa, continuó el capitán, que deso hablarle, que se lo ruego....

La mulata salió, y volvió acompañada de Rosa.

—Buenas noches, Rosa, dijo el capitán con voz dulce y expresiva.

Rosa inclinó ligeramente la cabeza.

—Déjanos solos, Micaela, prosiguió el capitán; y luego volviéndose á Rosa le dijo con la misma voz expresiva:

—Toma asiento Rosa, y dime algo que calme mi inquietud:

—No tengo que decirlo, contestó Rosa, sino el mismo que os he dicho siempre, que no puedo amar al hombre que despues de haber asesinado á mi madre y á mis criados, incendió la casa de mi padre, y me ha traído cautiva por los montes y por las selvas.

—Eres muy cruel, Rosa.

—Restitúidme á poder de mi padre: juradme que no os vengareis de él, y entonces....

—Me amarás? Interrumpió el capitán arrojándose á los pies de Rosa.

—Entonces os perdonaré, contestó ésta secamente.

—¡Ah! Rosa, Rosa, teme mi furor; el infierno me inspira ideas terribles.

—Vamos, capitán, dijo Rosa con sonrisa sardónica, poned en planta vuestra venganza: hareis á mí y á esa pobre muger á quien habéis abandonado, un beneficio grande. Me fastidia y me abruma la vida, desde que he perdido la esperanza de volver á ver á mi padre, á mi pobre padre, á quien tal vez habreis tambien asesinado.

—Rosa, Rosa, te juro que aun vive tu padre, y que respetaré su vida!

—Gracias, capitán: esa seguridad que me dais, y que yo trato de creer, disminuye la aversión que os tengo.

—Bien, Rosa, muy bien: te agradezco lo que haces por mí, y mi conducta tal vez hará que me ames, y que seas mía. ¿Deseas descansar, Rosa?

—Lo necesito, capitán.

—Me prometes que me amarás?

—No puedo prometer lo que no sé si sucederá.

—¿Serás mía?

—¡Nunca!

Rosa se retiró á la alcoba que le habían destinado en el castillejo, y el capitán quedó sumergido en una profunda cavilación, de la cual lo sacó Ruiz que venia á avisar que estaban ejecutadas sus órdenes.

Entretanto pasaba el diálogo que acabamos de referir, Micaela perfectamente enterada de que la reunion de insurgentes que estaba en la cercanía era nada menos que la guerrilla del capitán Pedro Celestino Castaños, se dirigió por una puerta escusada, y con el mayor silencio y precaución se deslizó por una barranca, y llegó en breve á donde estaba acampada la guerrilla de Pedro Celestino. Uno de los centinelas avanzadas le tendió el fusil, amagándola con darle la muerte; mas Micaela sin acobardarse, le dijo con voz firme y enérgica, que la llevase ante el capitán.

—Cuando se halló frente de Celestino, le tomó una mano, se apartó con él hácia donde crecían entre las rocas unos espesos matorrales, y con voz firme le dijo:

—Capitán, ¿quieres vengarte!

—De quién?

—Del asesino de tu muger, y del raptor de tu hija.

—Daria toda mi sangre... digo qué, mi felicidad en la otra vida sacrificaría, por verme frente á frente de Rascón.

—Pues yo puedo proporcionarte ese placer.

—Y mi hija, mi Rosa? Interrumpió el capitán con agitación.

—¡Tu hija!...

—Si estará ya deshonrada!

—No: aun está pura como salió del vientre de su madre.

—Gracias, muger, gracias, dijo el capitán, tomando las manos de la mulata y llevándolas á sus labios con emoción.

—Ningun favor te hago.

—¿Cómo! ¿Quién eres tú entonces? ¿Quieres traicionarme?

—No, soy una muger celosa: el capitán ama á tu hija Rosa, y me humilla, me ultraja, á mí que otras veces he dominado esa fiereza, y he apagado su furor y su orgullo con una mirada.